ABC 14 marzo 1959

ANA MARY Y EL PROCESO



DURANTE algún tiempo he intentado ocultarlo, pero ahora me parece que ya es inútil: Ana Mary ha asistido al proceso. Claro está, no necesito decirles a cual. Algunos le han llamado desorbitadamente el proceso del siglo. Eso es exagerar. En la crónica de los hombres de mi tiempo, el del capitán Sánchez y el del expreso de Andalucía fueron de parecida magnitud. Eliminar de ese siniestro concurso a los criminales de las nuevas generaciones que alcanzarán la madurez para el delito en los cincuenta y un años que aún quedan a nuestra centuria, me parece desleal. Allá, en los albores del XXI, se estará en condiciones de adjudicar, con carácter retroactivo desde luego, el Oscar del crimen a quien, en justicia, lo merezca. El del proceso a que aludo tiene, sin duda alguna, bastantes probabilidades de ganarlo. Acaso porque lo supone así, Ana Mary, repito, ha asistido al proceso.

Abandonando la calle de Serrano, sus paseatas en zigzag, a la busca siempre de la flirteadora zona de los bares, Ana Mary ha madrugado heroicamente, se ha puesto sus zapatos bajos, como para corretear por el campo y, pian pianito, a las Salesas, Ana Mary ha hecho cola. Era bonito verla engastada en aquel rosario de heterogéneas gentes que aguardaban el mágico aviso de Audiencia pública. Una hora, dos horas de espera y hete aquí a Ana Mary, frente por frente de la enlutada orla de los magistrados y justo en un sitio a propósito para contemplar al reo y, lo que es más importante, para oirle. Huelga decir que el divo era el reo. A veces lo es el abogado, a veces el testigo. En esta ocasión, no, el divo era el procesado y por oir su aria o su cavatina, Ana Mary hubiera renunciado, sin pestañear, a la de los informantes, con ser alguno notorio y a la defensa, pese a su patetismo.

—Pero, Ana Mary, yo no sospechaba que tú... ¿Qué mosca te picó?

—Primero—me dice—la curiosidad.

Ah, sí, ese es un resorte fortísimo. ¡Ay, de aquel a quien aguijonea! Parodiando a Wilde diríamos que, la única manera de vencer la curiosidad es satisfaciéndola, colmándola.

—Y una vez colmada, Ana Mary, ¿qué has sentido?

—Miedo.

Y Ana Mary me explica por qué. Había supuesto, inicialmente, que la persona capaz de cometer las abominaciones por las que se le juzgaba tenía que ser, a la fuerza, distinta de las demás, llevar escrita en la frente, como una denuncia, su depravación. Y ha visto que no.

Ana Mary, sin haber leído nunca a Lombroso, daba por hecho que existen tipos lombrosianos, y que no sólo los que tienen tipos de esa especie cometen crímenes, sino que sólo cometen crímenes los que tienen ese tipo. Acaso examinados a fondo los rasgos del que no cito, pudieran adivinársele características inquietantes, pero Ana Mary es muy simplista y voy pensando que su especialísimo Lombroso tanto apunta a los trajes como a las fisonomías. Lo que le ha dado miedo a Ana Mary, en suma, no es que el aire del reo sea más o menos igual al de aquellos con quienes se cruza en la calle o con los que acaso mantiene amistad y acompaña al cine, sino que vista igual que ellos. En su lombrosismo un tanto rudimentario, el sastre significa mucho. Porque el criminal, según Ana Mary, ha de vestir siempre traje de criminal. Cómo sea este traje no lo sabe a ciencia fija, aunque intuye que la corbata, la americana bien cortada, el pantalón bien planchado no forman parte de su uniforme. Sin embargo, la experiencia nos demuestra que hoy gran número de bergantes visten como señoritos, lo cual nos lleva a preguntarnos si es que los señoritos se han pervertido o si es que los malhechores se han aseñoritado. En principio, las cosas se han puesto de tal manera, que los trajes ayudan poco a la Policía. Es natural que se sospeche de los que visten muy mal, pero no hay por qué excluir a los que visten muy bien y, lo que es gravísimo, a los que no visten ni bien ni mal, con lo cual se me dirá quiénes son los que la Policía, por razón de indumentaria, debe excluir de sus pesquisiciones y vigilancia.

—Miedo, sí—sintetiza Ana Mary—porque he visto que era una persona como otra cualquiera.

En determinados trances resulta, sin embargo, que una persona igual a otras externamente se conduce como nadie lo hace sino cada veinte o treinta o cuarenta años, para alivio, por cierto, de la sociedad en que vivimos, y lo que se pregunta Ana Mary es si en el futuro debe temer reacciones análogas de cuantos ve a diario y que no difieren ni en perfil ni en sastre del condenado.

Se advierte, pues, que la contemplación y el examen directo del criminal convicto y confeso le ha producido manifiesto desorden en sus ideas.

Yo me he atrevido a reprenderla casi paternalmente. Le he dicho que por qué hizo cola para tener un sitio en la Audiencia y no en el Monumental, donde tocó Menuhim hace unos meses; que por qué se ha empapado, sin perder coma, de los interrogatorios de los testigos y no va a ver algunas comedias mejor dialogadas.

Acaso con sectarismo profesional—lo reconozco—he procurado convencerla de que Agatha Christie tiene más imaginación que el procesado y que Manuel Dicenta, sin desdoro de nadie, defiende al comandante del Caine como las propias rosas... No estoy seguro de mi éxito y voy temiendo que la Audiencia, si sigue así, acabe cerrando, como la televisión, muchas salas de espectáculos.

En el fondo, Ana Mary no ha sido conmigo absolutamente sincera. Aunque sea ya bastante tarde, hay que escribir para puntualizar las cosas una palabra: morbosidad.

Durante varias semanas, por la vida madrileña—ignoro a título reflejo, en qué grado por la de las restantes 49 provincias—una ola de morbosidad ha pasado oscureciendo todos los otros problemas colectivos e individuales de los españoles.

Ajenos al tira y afloja de Berlín, al Mercado Común, a la devaluación de la moneda, ajenos, inclusive, a la angustia cotidiana y directa de nuestras preocupaciones inmediatas, lo único que nos ha quitado el sueño es saber cómo cierto torvo sujeto había descargado su revolver sobre sus víctimas y por qué orden. El mal tiene un enorme poder de fascinación, lo ha tenido siempre. Es inútil que ningún dramaturgo o novelista intente retener la atención de los espectadores o de los lectores contándoles cómo la pobre huerfanita hacía de tierna madre con sus cinco hermanitos o cómo la abnegada esposa se quitaba el pan de la boca para el sustento de su marido paralítico. Las siete virtudes, en el mundo de la creación literaria, son derrotadas, a diario, por los siete pecados capitales. A base de infracciones, más o menos graves, al quinto mandamiento está montada una importante rama de la industria cinematográfica. Como se anuncian las revistas: 20 vicetiples, 20—se anuncian algunas películas—20 asesinatos, 20.

Ana Mary ha ido a dejar tarjeta de visita en la Audiencia madrileña al autor de cuatro.

En fin, perdonémosla... Es tan bonita. Yo procuraré evitar, por todos los medios, volviendo al punto de partida, que arraigue en su espíritu la desoladora conclusión de que por ser el criminal como cualquiera de sus amigos, cualquiera de sus amigos pueda ser como el criminal.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española